

tado en el dietario de su reloj, por minutos, el trabajo diario por hacer. Aca-parador de todas las manifestaciones musicales, porque nadie como él es capaz de hacerlo. Y sin hacer caso o no de que le robamos unos preciosos minutos, contesta a las preguntas que le hacemos:

—¿Qué concepto tiene Vd. de la música de jazz?

—Hablar públicamente en defensa de la música de jazz tiene sus inconvenientes, porque uno no sabe por donde va a ser atacado. Expondrás sinceramente tu opinión y te responderán que la *música* de jazz no es música, que sus *modernos* procedimientos no son modernos, que el *folk-lore* negro no es folk-lore, que el *arte* exótico no es arte u otras contradicciones por el estilo, y para darte el golpe de gracia te convertirán el asunto en un problema moral.

De todas maneras bien puedo contestar a las bien intencionadas preguntas que se me brindan para dar mi modesta opinión sobre esta música.

Pues, sinceramente, diré que la música de jazz (me refiero al buen jazz), aunque no me apasiona ni me eleva, la encuentro excelente en cuanto no sobrepasa sus límites. Es música de danza y de espectáculo, sin trascendentalismos, ni altos vuelos, pero interesante, agradable y divertida y hasta en sus más felices momentos genial.

Ella no me inspira altas emociones ni me excita fervores, ni me hace sentir de las cosas eternas (ni es su finalidad, ni ella se lo propone), pero sí que me admira y entusiasma, unas veces por su originalidad; otras, por su elegancia o por su delicadeza, o por su ternura, y en algunas ocasiones por su

belleza (que también la hay); otras, por su dinamismo, no exento de cierta rudeza y acritud, o por su sentimentalismo, que en muchos momentos peca de afeminado y morbosos, o por su impresionismo, a veces demasiado árido, o por buen humor, ora radiante y optimista, ora travieso y satírico, y en fin, porque es fiel reflejo de una época y de una peculiar manera de ser.

—¿...?

—Yo creo que los impugnadores del jazz no quieren hacerse cargo de la realidad. Además, conceden tanta importancia al jazz como sus más fanáticos admiradores, y, en verdad, no hay para tanto, ni veo razón para tomárselo tan en serio. La música, como las demás artes, abarca una infinidad de aspectos y comprende *todo* lo que se relaciona con el sonido y el ritmo, desde lo más elemental a lo más intrincado, desde lo más simple a lo más quimérico, desde lo más fútil y mezquino a lo más portentoso y encumbrado. Ella es expresión de todo pensamiento, afecto e impresión y el número de sus estilos y procedimientos no puede tener fin, y es tan universal y compleja como íntima e ingénua. Si, como digo, estos señores tuvieran en cuenta todo esto, no arrojarían el jazz del reino de la música. Mas, ellos se empeñan en no querer analizarla con verdadero espíritu de crítica, porque en el fondo el jazz choca con su sensibilidad y su particular filosofía. ¿Por qué la mayor parte de nuestra juventud se entusiasma con esta música y en cambio las personas de más edad la desprecian? ¿No será esto cuestión de humor o de graduación de agudeza y de lozanía? Además ¿qué razón hay para reprobar